

Silvia Balmaceda (1)

Alina (2)



ESTAMOS en los bosques cercanos del Canadá, en el estado de New Hampshire. Arriba, un chalet casi cubierto por los bosques espesos. La extravagancia de un millonario plantó esa gran casa en medio de la jungla aislada y lejana de toda civilización. Dentro de esa casa, venidas de lejanas tierras, escalando montañas y cordilleras, viven dos hermanas: Alina y Palmira. Como talladas en marfil, creadas en escala mayor, en si agudo de cuerdas vibrantes y sostenidas por los largos caminos.

En el corredor, entre rejas, una pajarita de oro, Duniaska, que canta balbuceos en la lengua paterna; el gato Svinka, lejano y solemne, magnetiza moscas con sus ojos de jacinto azul. Palmira, delgada y tensa como una cuerda, se mece en el espacio haciendo flexiones. La casa por dentro está habitada por las sombras y el silencio, con sus rincones de arañas y las flores desvanecidas de sus tapices. En el tercer piso se pasean los fantasmas tropezando con alfombras de mimbre y mesas de ping-pong.

(1) La revista «Atenea» la presenta como una escritora de porvenir. Es hija de la extraordinaria poetisa chilena Teresa Wilms Montt. Hay en sus cuentos, que por vez primera afrontan al lector, finura, imaginación sensibilidad.

(2) Inédito.

«El sábado llega el ruso», piensa Alina, y empuña enérgica su escoba de ramas, como si blandiera la bandera roja. «El sábado llega el ruso», piensa Palmira y deja caer sus labios como una rosa de invierno. «Papá, papá», repite Duniaska y ríe con los gorgoros de su dulce voz de paloma. Afuera cruje el arado y transpira la carne roja del peón, como una señal inmensa colgada del cielo. Y del cielo son sus manos ásperas y sencillas que maniobran la tierra con ternura humana. El sol se esconde y desciende la temperatura del día; en el aire se reparte como un sonrisa la dulzura de vivir. Alina se desprende de la escoba y sale en busca de los largos caminos. Palmira, aguda, corta la tarde en un grito: «¿Dónde vas, temeraria, vas en busca de la muerte?»—«No, hermana, voy en busca de la vida, de aquella que está entre los bosques, en las zarpas de las fieras que temes, en el murmullo misterioso de la selva; voy a sorprender su intimidad antes de que caiga el día» —«¡No, no vayas en busca de la muerte!»

Aguda, la última palabra se estrella con ruido y cae a sus pies llorosa. Y entonces piensa en su hermana, pobrecita, que se pierde lejana con su criatura de oro que apenas pueden sus brazos, tan delgados y tristes, su figura tan derecha, haciendo frente a la vida como un buen soldado valeroso, sostenida por el fuego interior que le manda ganar la batalla.

Como rocío de la tarde una dulce agua nubla un instante los ojos de Alina y palpa temerosa la blandura de su corazón, para volver a abandonarlo.

Llegó el sábado y estremeció las entrañas de la tierra el ruido rabioso de un motor de auto que subía por sus escarpadas faldas.

Las mujeres han dejado caer la escoba y han corrido a empolvase la nariz. En medio de la escala se encuentran y ríen. ¿A quién traerá ahora el ruso? Siempre trae consigo algún extraño visitante. Dentro de poco se habrá formado el círculo que

dura un momento, el abrazo que los une como a náufragos en la gran isla de la vida.

El ruso y un hindú traspasan los umbrales de la casa en su diferente modo. Adelante Pauli, todo de luz, hermoso como un dios, reparte el calor de su sangre, y sus brazos levantan a la criatura que ríe como un canario embriagado. Atrás, el hindú, entra grave y oscuro como una sombra, con su séquito de misterio; habla un inglés pulido y exagerado de alumno distinguido de la Universidad de Oxford. Su equipaje denota un rebuscado refinamiento. Las dos hermanas se miran al pensar en lo que aquí aguarda a este snob y luego vuelven sus ojos hacia la escoba, cómplice que ríe como bruja con sus ramas hirsutas.

La casa está ahora remecida de gritos. Pauli ha entrado y está entre los objetos familiares. Es la bienvenida de siempre, un saludo a las cosas inanimadas que empiezan a moverse y se pasea como una tromba entre sus objetos. Palmira, discreta, le aconseja bajar la voz en honor del elegante invitado; pero su naturaleza ya no puede frenarse, galopa por sus venas y corre por las distancias abiertas a su posibilidad, sale de su prisión y el campo sólo le oirá blasfemar sobre la inmovilidad de los objetos que lo circundan. Su regia vitalidad se apropia de la cocina y ahí organiza una orquesta de cacerolas, platos y rezongos semicortados por el correr del agua sobre el lavaplatos. Alina, que conoce el sistema de su cuñado, sonrío beatífica, como si oyera música celestial; sabe que todo ese desesperado despliegue doméstico de Pauli es la descarga de la fuerza sujeta en la infancia pasada en el castillo de su padre, en Lituania. Siete hermanos sueltos en los bosques y domados por el incansable látigo del padre. Alina, en ofrenda de cariño y amistad a su cuñado ha dejado los zapatos de éste en su puerta, más lustrosos y brillantes que espejos, para que pueda mirar su imagen y, al fondo la vea a ella, mansa y sonriente, con ese lenguaje sin palabras en que entienden el cariño los seres sencillos y primitivos, como Pauli.

Arriba, en el tope de la casa, el hindú camina lento, va y viene, colgando sus extraños atavíos, meticuloso y ajeno a todo el secreto doméstico. Duniaska, abandonada en sus rejas, excitada con la llegada de su padre, grita también por solidaridad y sube su sangre, transformándola en amapola. Palmira, con gesto cansado, se encierra en su pieza y se aferra, en busca de silencio y profundidad, a las páginas de Miguel de Unamuno en «El Sentido Trágico de la Vida», pues trágicas son para ella esas furias de la vida doméstica, que quiebran su paz interior. Ella sabe que ahora viene el diálogo del padre y la hija, que ambos gritarán, hermosos y terribles, con su sangre tan roja y exuberante, golpeándoles el corazón. Ella les quiere y son su propia existencia, allá, en el fondo de su escondido cansancio de vivir.

Alina, en su alcoba, también trata de recogerse; piensa en el hindú extraño, que parece una ave de mal agüero. Algo le advierte que será una presencia negativa este inquietante insecto humano.

Ha pasado un día. La familia, que viene de diferentes caminos se reúne junto al aroma de una pierna de cordero. Ya no hay gritos; el estómago ha impuesto una tregua y esa complicidad del apetito común les vuelve a todos cordiales. El hindú no ha aparecido; sólo se sabe de él por un golpeteo incesante de máquina de escribir; luego calla y, como si no pisara la tierra, como un largo espectro en negro y blanco, aparece Darius, con su túnica alba. Se acerca a la cocina y, con destreza de malabarista, extrae de una olla un plato de diferentes vegetales que hace desaparecer misteriosamente dentro de su cuerpo, como un faquir.

Palmira y Alina temen al día lunes que se llevará a Pauli y las dejará en manos de este extraño pájaro. Volverá el silencio de las noches y los aullidos del bosque. La noche las encerrará en su montaña y bajo las alas negras del visitante, cuervo posado en la cima de la casa.

Llegó el temido lunes y se perdió la trepidación del motor

del auto sobre la tierra. El canario de oro entonó sus gorgoros dulces. La madre suspiró y se retiró a su alcoba con el pensamiento de Unamuno entre sus manos. Alina sonrió a la escoba que parecía más pelada e implorante que nunca en su rincón, y esperaron la acción del hindú al correr de este largo y solitario tiempo.

Los días pasaban y el extraño huésped no aparecía sino a la llegada de la tarde. Hasta que Palmira y Alina decidieron atisbar por una pequeña ventana las actividades misteriosas del hindú. Su sorpresa fué grande al verlo vestido con una magnífica bata de brocado, bordada en oro y plata, con largos cabellos de un negro sedoso, que caían en lánguidas trenzas, mientras las nerviosas y oscuras manos mecían impalpables los objetos con un liviano plumero. Tan inesperada fué la cómica sorpresa que bajaron a ahogar sus risas en la salita, haciendo deducciones sobre esta existencia, que pasaba la mitad del día como lánguida odalisca y la otra como espectro errante o cumplido gentleman. Desde ahora tendrían a alguien para estudiar y darles alguna intensidad y color a sus vidas domésticas. Todo el nuevo mundo de un Oriente pervertido y misterioso, en su alianza con la educación inglesa, fué apareciendo ante sus ojos. Un día era la furia total del sombrío personaje matando a palos con frenesí cruel a una pobre culebra, y otro, piadoso y transfigurado por los aullidos de un oso hembra que había perdido a su cachorro. Entonces Darius crecía, crecía, hasta transformarse en el genio del bosque y entraba en él vestido de blanco con una antorcha encendida, como un santo mártir.

Los días pasaban oscureciendo y aclarando el bosque. La noche y el día, con su misterioso murmullo. Alina y Palmira empezaban a cansarse de este oscuro personaje, que vagaba por mundos tenebrosos y que no transmitía ni calor ni intimidad a esa solitaria y lejana casa, cuando un suceso inesperado vino a substraerlas de su letargo. Uno de los peones, hombrecillo pequeño y simple, torneado en la oscura greda de la tierra, irrumpió

dentro del hall de la casa dando gritos delirantes, con los ojos turbios y extraviados. Decía que el brujo aquel, que habitaba en esta casa, le había dado de beber un extraño filtro y lo llamaba a gritos por su nombre. El hindú descendió de su nido más cetrino que nunca. Parecía un fantasma. Y entonces el rústico comenzó a acercársele con gestos pervertidos y procaces. El hindú, al verse descubierta en su lenta seducción hacia el vicio, cayó en histérico trance, insultando y empujando al hombre hacia afuera.

Palmira se sintió sacudida por una impresión de asco y horror e irguiéndose sobre sus nervios, pálida e invencible, señaló la espada de su corazón ofendido y con ella los echó de la casa. Les cerró las puertas del Paraíso, y abrió las ventanas, para alejar las malignas presencias de todos los rincones.

Palmira y Alina quedaron prendidas al umbral de la puerta, desamparadas y dolorosas, mirando estremecerse el cielo y oyendo revuelos de alas negras en el corazón. El trueno se acercaba saltando por los montes, como un príncipe gigante, que las salvaría de la inmovilidad y del silencio. Luego una lluvia rabiosa comenzó a clavarse en la tierra, y los árboles, como un inmenso batallón, libraban el combate definitivo del bosque contra el viento. Como una marea de hojas o cabelleras malditas corría el ciclón, trastornando la posición vertical de los árboles. La casa se lamentaba deseando desplegar sus alas y volar hacia el inmenso espacio, y los rayos, dardos del cielo, caían sobre los montes formando piras de fuego. Se acercaban la casa abandonada, iluminando sus huecos y palpando los cristales de las ventanas.

El canario de oro llora en su jaula. Lloro con las primeras lágrimas del hombre junto a la furia de los elementos. Las luces de la casa se quemán en un brusco parpadeo. Palmira se abraza a su criatura e implora, está asustada y sola en medio de la vida. Mientras tanto Alina corre al cielo raso para ser ungida

por la lluvia. Alina es una palmera que el viento azota, sus cabellos son hilos de la noche por donde la lluvia baja cantando. Para ella la tempestad es la respuesta de afuera a su deseo interior. «Gracias, gracias», repite con las gotas de la lluvia y el lamento de los árboles. «Gracias», con su corazón crecido como una planta magnífica. «Gracias», porque sus huesos son flautas en donde toca la vida su primera sinfonía. Y los pequeños alambres de los nervios, tendidos, rompiendo astros lejanos. Después, cuando todo se apague, no importa. Alina quedará en su caja triste, quieta, inmóvil, como el violín del Creador. Y ya no importará más la lenta marcha de los días; llegará un sábado, como siempre, y terminará en un lunes. Pero será un Lunes último, un lunes que dirá adiós a los largos caminos, un lunes que extenderá sus brazos de despedida al estío. Ya caen las primeras hojas amarillas y se anuncia la melancolía del otoño. La selva apagará su secreto en las entrañas de la tierra, y Palmira y Alina arrancarán como hojas del calendario del tiempo.

El paisaje se aleja y algo definitivo e irremediable se cierra en el corazón de las hermanas; porque todo no será más que «pasado».